

LAS VERTIENTES REGIONALES DE LA LITERATURA ARGENTINA

*Gloria Videla de Rivero**

La reflexión sobre el hecho regional

Decía Ortega y Gasset en 1927: "Yo creo que una de las cosas más útiles para el inmediato porvenir español es que se renueve la meditación sobre el hecho regional"¹. Fundamentaba esta necesidad de reflexionar sobre el hecho provincial y regional en la convicción de que la coyuntura del momento anunciaba presiones enormes de otras razas y naciones sobre la nación española. Y afirmaba: "Si no hacemos nosotros historia, nos la harán los demás, como viene ocurriendo desde dos siglos atrás"². Creo que los conceptos de Ortega pueden ser suscritos por los argentinos de hoy, con sólo sustituir la referencia a España por la de la Argentina.

Así como en la vida de cada individuo son necesarios los dos movimientos complementarios, el de recogimiento y el de expan-

* Universidad Nacional de Cuyo. CONICET.

1 José ORTEGA Y GASSET. "A una punta de Europa, de Victoriano García Martí". En *Obras completas*. 4. ed. Madrid, Revista de Occidente, 1958. T. VI. p. 339.

2 *Idem*. "La redención de las provincias". En *Obras completas*. 1. ed. Madrid, Revista de Occidente, 1969. T. XI. p. 198; artículo aparecido en *El Sol*, Madrid, 5 de enero de 1928.

sión, el de la reflexión que ha de marcar el rumbo a los momentos de acción, el de concentrarse en la intimidad de la conciencia antes de desparramarse en el mundo, creo que la imagen es válida para nuestro país. La Argentina bifronte, atlántica y americana, ha estado —desde el modelo del ochenta— abierta a un cosmopolitismo predominantemente europeo, desparramándose a todos los vientos, curiosa de todas las novedades o últimas modas culturales. La puerta—puerto de apertura atlántica y cosmopolita ha sido la ciudad capital, Buenos Aires. El modelo cultural ha sido fecundo, sin duda. Los argentinos de todo el país estamos orgullosos de nuestra Capital: hay allí un importantísimo movimiento editorial que —aún en las peores crisis— es fluido y abundante; la cultura universal entra por ella casi simultáneamente al momento de su producción en los lugares originales (un ejemplo que considero sugestivo: el testimonio de un soldado inglés sobre la guerra de las Malvinas se editó en Buenos Aires, traducido, casi al mismo tiempo que en Londres). Decenas de espectáculos de primera calidad, teatros, ballets, conciertos, conferencias, presentaciones de libros, talleres literarios, exposiciones plásticas de primer orden y muchas otras manifestaciones culturales, se desarrollan en forma permanente. Personalidades internacionales de todos los ámbitos de las ciencias, las artes y las letras ingresan continuamente al país por Buenos Aires.

Pero ¿no habrá llegado la hora de que el país intensifique su desarrollo interior, de que vuelque su reflexión sobre la otra cara de su bifrontismo, la que mira hacia adentro, hacia su tierra, hacia sus tradiciones, hacia su americanidad? ¿No habrá llegado la hora de bucear en lo más hondo de sí mismo, en sus raíces mediterráneas, en sus tesoros sepultados, en sus realidades no asumidas pero existentes y presentes, como están presentes y actuantes según Freud, los conflictos no resueltos que sepultamos en el subconsciente a nivel individual? ¿No habrá llegado la hora de que el país asuma en su conciencia nacional su realidad total, la Argentina visible, que es fundamentalmente la que está en la vidriera —Buenos Aires— y la Argentina subyacente, semioculta pero existente, la de las restantes regiones? ¿No habrá llegado la hora de que el país integre su conciencia nacional en toda su plural dimensión, en todo su complejo territorio espiritual? ¿No habrá llegado la hora de dejar de soslayar o ignorar ciertos ingredientes de nuestra realidad, vale decir, de nuestra identidad?

El concepto y la valoración de la literatura regional

Cuando se reflexiona sobre la literatura regional, se imponen algunos interrogantes: ¿Se puede hablar de una literatura regional? ¿Cómo se ubicaría en el contexto nacional? ¿De qué forma parti-

ciparía en él? ¿Cuál sería el sentido, alcance, características de la literatura regional?

Todos aquellos que habitamos en una provincia argentina y de una u otra forma nos ocupamos de su cultura, creemos saber qué es la literatura regional y damos por sentado que existe, hasta que nos vemos en el compromiso de definirla y delimitarla. Muchos testimonios demuestran la problematicidad del concepto, por ejemplo varios de los artículos incluidos en las *Actas del Simposio de Literatura Regional* reunido en Salta en 1978. Dice Delia Paladini: "Ocurre con ciertas palabras y expresiones como con las monedas, que de tanto pasar de mano en mano van perdiendo su cuño y para individualizarlas nos exigen mirar con atención"³.

Durante los meses de mayo a junio de 1983 se desarrollaron en Mendoza, en la Universidad Nacional de Cuyo, dos cursos sobre literatura regional, uno dictado por Octavio Corvalán, el otro por Guillermo Ara. Ambos cursos trazaron sólidos e interesantes panoramas, el primero sobre la literatura del Noroeste argentino (NOA), el segundo sobre la prosa y la poesía de las provincias. Los dos abordaron la problemática conceptual y valorativa que gira en torno a las literaturas regionales y ambos coincidieron en cuestionar la existencia de las literaturas regionales o —al menos— la pertinencia de la denominación. Debo agradecer a ambos los cuestionamientos que dejaron flotando en torno al tema y que se convirtieron para mí en incitaciones para el pensamiento, ya que ambos expusieron sus reflexiones como planteos irresueltos.

Corvalán llamó a su clase inaugural "Literatura regional: un concepto evasivo". Comenzó preguntándose si existe una literatura regional y concluyó que sí existe, puesto que hay autores en cada región. En cambio no fue positiva su respuesta a esta pregunta: ¿Existe como algo distinguible y perfilable con respecto a la literatura nacional? Negó que fueran la temática regional o el ámbito geográfico, o el paisaje, los elementos que distinguen la literatura regional de la nacional. Ejemplificó así: ni *La guerra gaucha* de Lugones, ni *Chamijo el falso Inca*, de Payró, a pesar de tratar temas propios de una región, pueden ser considerados obras regionales. Ni su vocabulario, ni su prosodia, ni su elocución son regionales. Tampoco es el ámbito geográfico o el paisaje del lugar donde el autor nació el que determina su regionalismo, ya que con frecuencia los escritores de provincia tocan temas no regionales: literatura intimis-

3 Delia PALADINI. "Regionalismo y novela". En *Actas del Simposio de Literatura Regional*. Salta, Secretaría de Estado y Educación de la Provincia de Salta, 1980. T. 1. p. 41.

ta, psicológica, fantástica, etc., o ambientada en otras zonas del país o en otros países. El lenguaje es la única tarjeta de identidad provincial o regional de un escritor: allí está su ciudadanía, concluyó ⁴. Creo que si extremamos los criterios, tampoco ésta sería la carta de ciudadanía regional, ya que pueden darse casos de escritores de provincia que utilicen un español sin inflexiones regionales.

Ara comenzó también preguntándose si existen las literaturas regionales. Consideró que la literatura regional, en sí misma, fuera de su significado como producción de tal región, no existe. La literatura regionalista, sí ⁵. Señaló, además, desde su óptica y desde la de otros críticos literarios, una larga serie de debilidades o lados vulnerables de estas literaturas. Con respecto a la denominación, afirmó que el regionalismo es un término inventado en Buenos Aires para calificar una literatura deleznable. Tal vez por esta razón, él prefirió llamar a su curso "La poesía y la prosa de las provincias". Corvalán concluyó también que era preferible desterrar el término "regional" por sus connotaciones peyorativas o limitadas.

Una compulsiva más amplia de la bibliografía sobre el tema muestra que las conclusiones de muchos de aquéllos que quieren delimitar los niveles regionales y nacionales de la literatura conducen a una notable ambigüedad: las literaturas regionales acaban siendo entes casi inexistentes pero que sin embargo existen, vertientes que al entrar en el mar de la literatura nacional acaban no sólo diluyéndose, sino aniquilándose a sí mismas o —en el mejor de los casos— entregando al acervo nacional sus mejores frutos y reteniendo para sí sus partos más mediocres o deleznales.

Me pregunto: ¿no fallará algo en el método de asedio de la relación existente entre literatura regional y nacional?

En primer lugar, cabe preguntarse acerca del porqué de estas connotaciones negativas: sí, hay algunas razones de fundamento. La gran incentivación cultural de Buenos Aires hace que sus escritores estén en la avanzada de los estilos literarios, mientras que en algunas provincias muchos de sus escritores acogen las evoluciones literarias con retraso o insisten en estilos perimidos, quizás por estar menos al día en sus lecturas o por sentir con menor intensidad la presión de las modas. El hecho de que en provincias somos pocos,

4 En declaraciones hechas al diario *Los Andes* (Mendoza, 15 mayo 1983) bajo el título "Un panorama actual de la literatura regional" defendió la calidad e importancia de las literaturas regionales.

5 Cf. Guillermo ARA. "Literatura regional y literatura nacional". En *Actas del Simposio de Literatura Regional*. Ed. cit. . T. I. p. 10.

nos conocemos y convivimos, influye en una mayor permisividad hacia lo mediocre: la crítica literaria es benigna, se disminuyen los requisitos para el ingreso a sociedades de escritores, el espíritu competitivo y de pervivencia de los más fuertes que impera en la Capital se atenúa notablemente en provincias. Existen, por otra parte, problemas de sociología literaria: las grandes editoriales y —sobre todo— los centros de distribución se encuentran en Buenos Aires, los medios de promoción (grandes diarios, revistas de circulación nacional, televisión) se centralizan en la Capital. Y allí se tejen y entretiejen esos lazos de “política literaria” que tan verídicamente pinta Alicia Jurado en su novela *Los hechiceros de la tribu*. Hasta aquí, la enumeración de algunas causas reales que explican el menosprecio por las literaturas regionales. Y cuando no menosprecio, al menos, desconocimiento.

Admitida la existencia de factores sociológicos y de un problema de nivel literario general, pero sabiendo también que las provincias han dado y dan grandes escritores, no creo que esas razones expliquen totalmente el desdibujamiento de la producción literaria de las regiones con respecto a la nacional.

Vuelvo a preguntarme: ¿no será que el ángulo de delimitación entre lo regional y lo nacional es de alguna manera falaz? Cuando la obra regional es valiosa, cuando logra difusión en el país y en el mundo, parece que deja de ser regional para convertirse en nacional: tal el caso de los *Romances del Río Seco*, de Lugones o *Recuerdos de Provincia*, de Sarmiento. Si el escritor del interior se traslada a Buenos Aires y desde allí logra imponerse, por las razones de sociología literaria ya apuntadas, deja también de ser regional para convertirse en nacional. ¿Qué queda entonces para la literatura regional? . Yo diría que sólo unas pocas posibilidades: I) La obra de buenos escritores que no han podido, no han sabido o no han querido proyectarse a través de Buenos Aires. II) La obra de los escritores mediocres o malos, es decir la infraliteratura o seudoliteratura. III) La obra de aquellos escritores que —obedeciendo a una vocación que considero válida—, optan por una temática comarcana o por una modalidad expresiva que yo llamaría “regionalista”, para diferenciarla de la literatura de la región o regional que puede tener múltiples temas y matices.

Pero aquí salta una nueva objeción: obras con estas características han ingresado al acervo nacional: tal el caso de los ya citados *Romances del Río Seco*, de Lugones. La trascendencia o no trascendencia de los límites regionales no está dada pues por su mayor o menor regionalismo sino por su calidad literaria: “Pinta bien tu aldea y serás universal”, reza una conocida sentencia. En rigor, este tipo de delimitación deja a las regiones sólo las dos categorías de

obras antes enunciadas.

Para responder a las preguntas inicialmente formuladas: ¿existe una literatura regional? ¿cómo se ubica en el contexto de la literatura nacional? creo que conviene recordar de un modo sencillo las definiciones de nación y de región.

“Nación” es la sociedad natural de hombres a los que la unidad de territorio, de origen, de historia, de lengua, de costumbres y de cultura inclinan a la comunidad de vida y crea la conciencia de un pasado y de un destino común. La literatura nacional implica, pues, una conciencia de unidad en la pluralidad, de representatividad de lo particular en lo general, de afinidad y cohesión de lo múltiple en lo uno, de rasgos comunes que se abstraen de una realidad variada.

“Región geográfica” es un área natural individualizada por rasgos físico —geográficos y ántropo—geográficos particulares que permiten delimitarla. En otras palabras: es un espacio coherente de la superficie terrestre en el cual ciertos rasgos relevantes de la geografía forman condiciones análogas para la vida del hombre.

Paralelamente, hay un crecido número de acepciones del término “región” que se refieren a aspectos particulares de la Tierra, dividida según los casos, en porciones homogéneas desde un punto de vista particular. Existen, por lo tanto, divisiones regionales basadas en rasgos físicos —como por ejemplo, los de clima y fitogeografía— y las hay asimismo sustentadas en conceptos antropológicos, como son las regiones económicas, lingüísticas, étnicas. Entre los numerosos criterios aceptables de división regional sistemática nos interesa ahora acentuar las nociones de región histórica y región folklórica.

Región histórica es aquélla en la cual se han desarrollado procesos históricos de relevante importancia en la gestación de la nacionalidad, por lo cual los habitantes atesoran un legado espiritual propio y poseen la conciencia de ser depositarios de una parte del patrimonio moral de la Nación.

Región folklórica es aquélla cuyos habitantes han recibido, por transmisión tradicional, una rica herencia de usos, costumbres y hábitos artísticos y artesanales de origen anónimo, por la cual los habitantes tienen conciencia de su fuerte arraigo en la tierra, de su prosapia vernácula y de su definida particularidad dentro del territorio ⁶.

6 Cf. Federico DAUS. *Geografía y unidad argentina*, Buenos Aires, Nova, 1957. p. 19 y 223.

A partir de estos conceptos de región ¿cómo podríamos definir provisoriamente el concepto de literatura regional? . Literatura regional sería el conjunto de creaciones literarias que se escriben en una determinada zona del país con determinadas peculiaridades que pueden influir en el escritor, como el clima, el paisaje, la flora y la fauna, los cultivos, la economía, la raza, la lengua, el legado histórico, la tradición cultural y folklórica: usos, costumbres, artesanías, canciones, poemas, narraciones, leyendas, mitos y otras variadas formas del acervo colectivo y anónimo. De todos estos factores, hay algunos que son nítidamente individualizantes, sobre todo aquellos relacionados con los rasgos físico—geográficos (paisajes, clima. . .) y con la historia vernácula. En cambio, y paradójicamente, los estudios comparativos del folklore, la recopilación de cancioneros y narraciones procedentes de diversas regiones del país, e incluso de Hispanoamérica, de España y del mundo, suelen mostrar semejanzas con el folklore de otras zonas o países, que se explican por las raíces comunes del acervo colectivo; pero en todos los casos, cada región ofrece variantes locales y aún individuales.

Lo étnico, que en algunos países es signo de marcada diferenciación regional, por ejemplo en España (gallegos, catalanes, vascos. . .) no tiene en nuestro país, dada su peculiar índole de mezcla de razas, un valor netamente diferenciador; podríamos hablar a lo sumo de zonas de mayor o menor influjo inmigratorio o con mayor proporción indígena e incluso de regiones que conservan reductos indígenas. La literatura regional puede testimoniar estos matices étnicos e incorporarlos a la conciencia nacional. Tampoco lo lingüístico es radicalmente diferenciador, como puede serlo en países europeos, en donde la Nación se ha constituido amalgamando pueblos con dialectos y hasta lenguas propias: vuelvo al ejemplo de Cataluña, Galicia y Vasconia. Sin embargo, las regiones y, más aún, las provincias argentinas, se caracterizan, en primer lugar, por rasgos fónicos: las famosas *tonadas* provincianas. Pero, a los fines literarios, las peculiaridades fónicas casi carecen de importancia. La tienen, en cambio, los matices semánticos, morfológicos y sintácticos que ha tomado el español en cada zona y es por ello que los escritores regionales suelen reflejarlas en mayor o menor grado, inconsciente o conscientemente, con voluntad de rescate o de fidelidad. La inclusión de estos *modos de decir*, que incluyen con frecuencia interesantes arcaísmos, se produce sobre todo en la narrativa que —ya a través de la narración en primera persona o del diálogo— recurre al lenguaje mimético como un importante rasgo caracterizador.

Literatura regional ⁷ es, pues, la que surge en una determinada región geográfica, histórica o folklórica y que refleja la realidad de un cierto modo humano. Dentro de ella se puede dar la más amplia gama de vocaciones individuales, desde el rescate de lo tradicional, histórico o folklórico hasta la literatura intimista, psicológica y fantástica, con connotaciones regionales o sin ellas, pasando por la captación de paisajes, ambientes y costumbres urbanas o rurales de la zona o de otros ámbitos o por el tratamiento en mayor o en menor grado ideologizado de su problemática social. El uso del lenguaje puede ir desde un español culto no diferenciado, sobre todo en el ensayo, hasta un lenguaje mimético y fuertemente regionalista que recoge expresiones coloquiales, nombres de flora y fauna local, toponimia y otras voces autóctonas. Entre uno y otro extremo habría *modos de decir* tenuemente diferenciados de otros usos lingüísticos. La literatura de las regiones no tiene, pues, restricciones programáticas en lo temático ni en lo lingüístico. En otras palabras: la imaginación, la sensibilidad y el pensamiento de un escritor reciben la impronta de su ámbito físico y espiritual, pero la libertad artística y los accidentes biográficos pueden llevarlo a la captación literaria de otros espacios externos, a la penetración en galerías interiores o a otras formas de expresión.

Las literaturas regionales y la problemática cultural argentina

El desarraigo argentino ha sido señalado como uno de nuestros mayores problemas. Victor Massuh dice: "Creo que en cada uno de nosotros hay deseo de ser otra cosa, de ser fieles a unas raíces puestas en otras tierras pero no en la circunstancia inmediata ni en el propio suelo. Por supuesto esta deficiencia no se cura por decreto, sino a través de un lento proceso que acerque al creador individual a su comunidad y lo convierta en el verdadero formador de la fisonomía colectiva" ⁸. En una de sus obras teatrales pone Canal-Feijóo estas palabras en boca en un personaje mítico, el Fuego, exhortan-

⁷ Quizás, para evitar las connotaciones peyorativas o limitativas, convenga hablar de una literatura de la región o de la provincia, más que de una literatura regional. Consideración aparte merece el hecho de las migraciones internas. A qué región pertenece un autor que se ha trasladado de una región a otra, creo que es un problema de casuística individual, aunque por lo general, usando palabras de Rilke, un autor pertenece *al país de su infancia*.

⁸ Victor MASSUH. *La Argentina como sentimiento*. 6. ed. Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1982. p. 66.

do a un grupo de indios en retirada:

—“No echasteis nunca raíces para tener un día qué defender, por qué luchar. El hombre sólo defiende sus raíces. Como los árboles. Donde él hinca, donde él hunde y se hunde, eso es lo suyo; ésa es su fuerza y su valor. Ved cómo se defiende por sus raíces. Pueden bajársele todas las hojas, todo el ramaje, cercenársele el tronco: volverá a ser desde sus raíces, idéntico a sí mismo, inquebrantable. Vosotros no habéis sabido haceros de esta prenda. Fuisteis siempre criaturas del aire. Los vientos del tiempo juegan con vosotros como con las plumas desprendidas del cuerpo de los pájaros. No sois de ninguna parte; sois de a donde los vientos os arrastran”⁹.

No es difícil sospechar que el autor dirige esta exhortación a sus compatriotas, más que a aquellas criaturas imaginarias. A través de sus diversos ensayos reflexiona Canal sobre ciertos rasgos de la cultura argentina: la tendencia al desarraigo; la no asunción o la asunción insuficiente de algunos aspectos de su ser histórico, de su identidad; las tendencias abstractivas que lo relevan de la realidad sin desprenderse de su nombre. El ensayista sostiene que nuestra autenticidad cultural se logrará con el retorno a las raíces mediterráneas de la Patria. Como Manuel Gálvez, piensa Canal que el alma nacional se refugia en las provincias y que es en ellas donde mejor se palpa nuestra reprimida dimensión americana: “Por fin estoy en América!” exclamó Drieu La Rochelle al llegar a las provincias del Noroeste. Según Canal, la vivencia de la región significa un diálogo inmediato del espíritu con la naturaleza y con la historia¹⁰.

Las exhortaciones a terminar de conquistar nuestra identidad no significan rechazar nuestro europeísmo cultural —sería también ignorar un ingrediente de nuestro ser histórico, ese peculiar modo argentino de estar abierto a la cultura universal y de acuñarla con

9 Bernardo CANAL—FEIJOO. *Pasión y muerte de Silverio Leguizamón*. Buenos Aires, CEAL, 1967. Jornada cuarta, p. 99.

10 Cf. *De la estructura mediterránea argentina* (1946), *Teoría de la ciudad argentina* (1951), *Confines de Occidente. Sociología de los contactos culturales* (1954), *Fundación y frustración en la historia argentina* (1978), “Función y misión de la literatura”. En *Actas del Simposio de Literatura Regional*. Ed. cit. T. I, p. 16—19.

nuestro sello—¹¹. Pero se trata sí; de acentuar lo hasta ahora poco acentuado. El país tiene grandes espacios físicos, humanos, históricos y culturales cuya conquista literaria aún no se ha realizado. Decía Ricardo Güiraldes, acabado ejemplo de un universalismo cultural arraigado, en carta a Valery Larbaud en la que justificaba la anulación de un proyectado viaje a Europa:

“El motivo principal de mi permanencia aquí es la necesidad de ponerme en contacto con las cosas que pueden servir de base a mi obra literaria. Me parece que hay tanto por decir en este país, que me desespera no ser un hombre orquesta capaz de desentrañar el aspecto poético, filosófico, musical y pictórico de una raza inexpressada. No pretendo por esto ser capaz de hacerlo; hablo sólo de una tentación. En Europa, el problema está en ver las cosas bajo el prisma de un temperamento interesante. Aquí todo el secreto estaría en apartarse de normas ajenas y dejar que los sujetos mismos fueran creando en uno la forma adecuada de expresarlas”¹².

A las literaturas de las distintas regiones del país cabe gran parte de ese empeño que preocupaba a Feijóo y que acuciaba a Güiraldes: el de descubrir nuestra intimidad en todas sus facetas y ponerla al desnudo por medio de la palabra. El escritor, el artista, es un revelador, y —por lo tanto— un importante agente del espíritu nacional. Estas reflexiones no pretenden imponer un programa vernáculo: son sólo una exhortación a la asunción leal de la propia identidad y como consecuencia, al arraigo. No estoy planteando dicotomías programáticas, contrapuestas y excluyentes, tales como interior—Capital, americanismo—europeísmo. No estoy exhortando a la elaboración de una literatura épica o colectiva en desmedro de las vocaciones intimistas o metafísicas. Rechazo, sí, la “inhibición reverencial”, la imitación servil de lo extranjero, pero no la dialéctica fecunda entre lo raigal y lo universal. ¿Quién más arraigado, por ejemplo, que nuestro Borges, el que afirma que nuestra tradi-

11 Cf. Victor MASSUH. “Universalismo arraigado” y “Lo vernáculo y lo europeo”. En *La Argentina como sentimiento*. Ed. cit. p. 96—101. Véase también del mismo autor: “América Latina como conocimiento y promesa”. En *El llamado de la Patria Grande*. Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1983. p. 135 y ss.

12 Citado por Ivonne BORDELOIS. *Genio y figura de Ricardo Güiraldes*. Buenos Aires, Eudeba, 1966. p. 101—102.

ción es toda la tradición universal? ¿Quién más argentino —a despecho de sus declaraciones periodísticas— que este autor que funde giros sintácticos propios de la economía lingüística inglesa con decires de los antiguos señores criollos, sutilmente absorbidos? ¿Quién puede dudar del argentinismo borgeano, no sólo explícito en sus poemas que cantan a la fundación mítica de Buenos Aires, al arrabal porteño, al tango, al malevaje, a los gauchos o a la Patria, sino también en sus juegos metafísicos, en sus cosmogonías, en sus postulaciones sobre el tiempo o sobre la realidad o irrealidad del universo?

Los pecados de las literaturas regionales

Si las literaturas regionales tienen un campo de inspiración multifacético ¿por qué se las reduce por lo general a menos que nada o a una estrecha franja que sufre múltiples embates? .

Se las acusa, por ejemplo, de *caer* en el folklorismo. El verbo es significativo: sugiere que el folklore es un abismo peligroso y no una riqueza ancestral que merece ser rescatada. Creo, por el contrario, que la cultura nacional tiene una gran deuda con autores tales como Juan Alfonso Carrizo, Juan Draghi Lucero, Berta Vidal de Battini, entre otros, que han cumplido la tarea de rescatar tesoros de la tradición oral que hubieran desaparecido con la muerte de cada viejo que los guardaba en su memoria.

Se acusa a las literaturas regionales de establecer un culto a los linajes, sobre todo en el Noroeste. Creo que —por ejemplo— cuando Leopoldo Lugones antepone su “Dedicatoria a los antepasados” a su libro *Poemas solariegos* (1928), con esos dos hermosos versos: “Que nuestra tierra quiera salvarnos del olvido, / por estos cuatro siglos que en ella hemos servido”, no está haciendo una orgullosa exhibición de casta, sólo está tratando de explicar el porqué del sentimiento raigal que lo lleva a querer ser la voz de su tierra: “porque no soy más que un eco / del canto natal que traigo aquí” (“El canto”, en *Poemas solariegos*).

Se acusa a las literaturas regionales de sacralizar el paisaje, de inventar una imagen arcádica, de cultivar una actitud contemplativa, de trasladar la “tarjeta postal” a la literatura, de ignorar los desiertos, los terremotos y otros cataclismos. Joaquín V. González sería un inventor de Arcadias, Alfredo Bufano, un exaltador de cabritas y de acequias. Los que siguen por esta línea temática son “los acequeros” que sufren el infarto poético cuando llega el otoño cuyano con sus ocres y rojos ¹³. Pienso que —salvados los indis-

13 Cf. Alberto ATIENZA. “Un perro narrador habla sobre poetas guacamayos”. En *Viernes; Publicación Informativa Mensual*. n° 18. Mendoza, junio 1983. p. 19–20.

pensables requisitos de calidad literaria— la vocación por el canto y la contemplación es no sólo lícita sino necesaria. El producto literario más frecuente en la Argentina se solaza en el llanto, la queja, la denuncia, la autodenigración nacional, la desesperanza. Esta línea temática y tonal que se inspira en los aspectos dolorosos de nuestra realidad no falta en las literaturas regionales. Debo recordar, a título de ejemplo, que la primera novela surgida en Mendoza, escrita por Máximo Cubillos, *La noche del terremoto de 1861* (1872) se inspiró en aquel cataclismo devastador. Pero los pueblos, como los individuos, necesitan también de la esperanza, de un mínimo de autoestima, de un levantar algunas veces miradas y corazonas. ¿Por qué negar al escritor el derecho o el deber de crear mitos poéticos a partir de nuestra naturaleza espléndida y variada, mitos que pueden contrabalancear tanta frustración y tanto llanto? ¿Por qué negar al hombre y a su vocero, el poeta, la vocación contemplativa? Leopoldo Marechal nos habla, con sabiduría, de dos tiempos necesarios para el hombre: el *tiempo del buey*, que dedica bíblicamente a ganar su pan con sudor, a la acción, al esfuerzo, a la lucha y el *tiempo del ángel* que debería consagrar a la contemplación¹⁴. En el caso de Alfredo Bufano, por ejemplo, la contemplación gozosa del paisaje nace de una actitud profunda y auténtica, de una suerte de franciscanismo que ve en toda criatura destellos del Creador y que —por lo tanto— merecen el canto y la alabanza. Sabe, sin embargo, que esta creación maravillosa está herida por el mal y el dolor y esta conciencia aflora temática y estilísticamente aquí y allá en su creación.

Se acusa también a las literaturas regionales de cultivar el *cebo* del costumbrismo. Yo me pregunto qué estudios de mercado habrán determinado que el declinante costumbrismo sea un cebo para atrapar lectores. Sospecho más bien que los ingredientes cuidadosamente calculados para lograr un *best-seller* son, en la actualidad, el sexo en cantidades saturantes, la violencia y el lenguaje coprológico. Podríamos seguir enumerando acusaciones que se hacen a las literaturas regionales. Creo que todas son válidas si la creación regional no tiene calidad literaria, pero todas son refutables si dicha obra tiene dignidad artística, único requisito indispensable.

La falsa delimitación entre literatura regional y literatura nacional

Pero no son estas acusaciones las que hacen peligrar la existencia de la literatura regional. El mayor peligro está en su falaz deli-

14 Cf. Leopoldo MARECHAL. "Autopsia de Creso". En *Cuaderno de navegación*. 3. ed. Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1975. p. 67.

mitación con respecto a la literatura nacional. La dicotomía se presenta así: una obra literaria es regional o es nacional. Yo pienso que una obra literaria *es regional, o de una región, y es nacional*.

La relación coincidente que postulo surge de la certeza de que la Nación se fundamenta en todas sus regiones, a la manera de una estructura compleja en la que el país no debe identificarse con una de sus partes (la Capital), en la que tampoco el todo es una abstracción o una suma de fragmentos sino un cuerpo en el que cada órgano cumple una función irremplazable. La Nación, pues, abarca, incluye y unifica las distintas regiones de su territorio geográfico y espiritual, la Nación concilia la pluralidad en la unidad, la Nación ha de armonizar las fecundas melodías particulares de cada una de sus zonas en una sinfonía tanto más rica cuanto más variados sean los motivos que se entrelazan en ella. ¿Por qué, entonces, en la práctica, la Nación es arrasante de las regiones? Porque, en la práctica, Nación se identifica con Capital Federal y, tal vez, con la adyacente provincia de Buenos Aires que, en realidad, constituyen una realidad regional más. Buenos Aires se proyecta así sobre el país real, que se convierte en el "país subyacente", allanado, uniformizado.

El poder aglutinante y unificador de Buenos Aires no deriva exclusivamente de caprichos de estadistas o de meros intereses de fuerzas oscuras, como podrían ser los intereses imperialistas, particularmente los de Gran Bretaña que —sin duda— han movido los hilos de nuestra política desde la época de nuestra emancipación. Estudiosos de nuestra geografía, como Federico Daus en su libro *Geografía y unidad argentina*,¹⁵ sostienen que los factores geográficos han influido grandemente en la unidad nacional en torno a Buenos Aires, que no es centro geométrico, como podría serlo alguna ciudad de Córdoba, pero sí un centro biológico, determinado por el plano inclinado de Oeste a Este, por la confluencia de ríos, por la excelencia del puerto. En el período hispánico el problema primordial del hombre en su adaptación al ambiente fue la vertebración de una vida en todo el territorio, que lo librara de la horrenda soledad, del aislamiento y que le alcanzara la victoria sobre la distancia. Los impulsos "de la vida en las nacientes poblaciones iban hacia la articulación de un cuerpo coherente y la búsqueda de ataduras mutuas que afirmaran la propia existencia de cada lugar con los auxilios de-

15 Buenos Aires, Nova, 1957. 221 p. Hipótesis semejante sostiene Raúl REY BALMACEDA en *Buenos Aires, una capital cuestionada*. Buenos Aires, Oikos, 1982. 320 p.

mográficos y económicos de las restantes [...]”¹⁶.

“Por el contrario, en las décadas subsiguientes a la emancipación —esto es en el proceso de mutación y turbulencia— el planteo humano con respecto al territorio fue otro muy distinto. Dejados aparte los factores puramente históricos, el factor geográfico operante fue el que nacía de la conformación regional de cada grupo de poblamiento. La vida se había configurado ya según los moldes regionales, que entonces pugnaron prematuramente por alcanzar una personalidad plena. La tendencia a la fragmentación, pues, nacía parcialmente, también de la geografía [...]. El veredicto definitivo en este litigio histórico vino con [...] el florecimiento de una renovada conciencia de unidad”¹⁷.

Las largas luchas por la organización del país a partir de la emancipación, se mueven pues en torno a dos polos dialécticos: ciudad—campañas, Buenos Aires—interior del país. Los organizadores comprendieron que debían optar por un modelo que tuviese en cuenta la totalidad del país y que lograrse integrar, en una relación de tensiones dinámicas, los datos insoslayables que la realidad geográfica e histórica ofrecía y que se sintetizan en las dicotomías señaladas. La fórmula constitucional tenía que lograr la unidad orgánica sobre un escenario de gran dispersión, debía integrar Buenos Aires con lejanas ciudades, separadas por grandes campañas. La fórmula constitucional tenía que lograr, no una mera fusión, sino una totalidad estructurada, en la que cada parte viviese del todo y para el todo.

En la conciencia constitucional que finalmente se impuso predominaron estas dos ideas: primeramente, el proceso de la existencia histórica marchaba en el país hacia la unidad en la totalidad de la forma, hecho que tiene políticamente el nombre de Nación. La segunda idea fue que la ciudad Capital era el supremo instrumento para lograr ese fin. Desde la ciudad Capital se buscó y se logró la unidad, pero la perspectiva histórica nos permite juzgar que el Todo logrado no estructuró un conjunto de particularidades sino que en gran medida fue absorbente, allanante y con marcada tendencia a la extraversion¹⁸.

Dice Ortega y Gasset que el hábito de pensar en la Nación como conjunto es un pecado de abstracción. Si pensamos sólo en la Nación, pensamos en el todo o conjunto como tal y olvidamos pen-

16 Federico DAUS. *Op. cit.* . p. 8.

17 *Ibid.* . p. 8—9.

18 Cf. Bernardo CANAL—FEIJOO. *Teoría de la ciudad argentina*. Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1951. 268 p. (particularmente cap. II y III).

sar en las partes que lo integran. La riqueza de una Nación está en esta realidad concreta, y la otra y la otra que la van llenando. Voy a transcribir textualmente a Ortega, sólo reemplazando el nombre de Madrid por el de Buenos Aires y el adjetivo *madrileño* por el *porteño*: “Se ha elucubrado desde la capital, desde Buenos Aires, un Estado *nacional* homogéneo, especie de área geométrica donde todos los puntos son idénticos, intercambiables. . . A fuerza de pensar abstractamente en la Nación, se creyó que ésta era un Buenos Aires centrifugado, enorme. . . La política nacional que había en las cabezas era una política porteña. La idea nacional quedaba, por prestidigitación inconsciente, suplantada por una idea particularista. Era porteñismo”¹⁹. . . Como no se iba a buscar la nación donde en efecto está, recorriendo cada uno de los trozos del país, la idea abstracta del país se llenaba irremediabilmente con lo que el político tenía delante de los ojos, esto es: con Buenos Aires²⁰. . . Me parece, pues, forzoso que comencemos por dotar de concreción a la conciencia pública de nuestro pueblo. Para ello hay que limitarla, y al limitarla se condensará”²¹. Si cada grupo local conquista una clara voluntad de sí mismo, *en la articulación de esas voluntades saldrá fortalecida la nación*²².

No se trata, pues, de atomizar el país, sino de fortificarlo en sus partes, de interrelacionarlo más plural e intensamente para que quede fortalecido el todo nacional. Creemos que ha llegado la hora de revertir la propuesta del país focalizado únicamente en Buenos Aires. No se trata de negar a la Capital, no se trata de localismos irritados; se trata de una voluntad más sustanciosa y noble: la voluntad de las provincias y de las regiones de afirmarse a sí mismas, de no desintegrarse o evadirse por su puerto—puerta, según se grafica con la imagen del país embudo de algunos ensayistas o del vértice evasivo del triángulo concebido por Canal—Feijóo. Se trata de promover polos biológicos y potentes en todo el país, sin perder la conciencia de unidad nacional.

Y este desafío, que se refiere a todos los órdenes de la vida nacional, es particularmente aplicable al plano de la creación literaria, que es primaria y básicamente regional y —en su conjunto—, nacional. No hay pues contraposición excluyente: literatura regional—li-

19 José ORTEGA Y GASSET. “La redención de las provincias”. Ed. cit. p. 201.

20 Cf. *Ibid.* p. 199.

21. *Ibid.* p. 219.

22 Cf. *Ibid.* p. 219. El subrayado es mío.

teratura nacional. Se trata, por una parte, de fortificar y elevar las literaturas regionales en sus niveles de creación y de la conciencia de esa creación, que es la crítica y la historia literaria, con el objeto de establecer un equilibrio con respecto a la producción de Buenos Aires. Se trata, por otra parte, de romper la falsa identificación de lo nacional con lo bonaerense. Las literaturas regionales no desaparecen así en aras de la literatura nacional, sino que la componen y la sustentan como el cuerpo sustenta al alma. Esta es mi hipótesis en el controvertido tema. Hipótesis que surge de la reflexión, pero también de un sentimiento de entrañable arraigo en estas tierras y en estas rocas de Cuyo.